

BELLOS LUGARES DEL
- ANTIGUO MADRID -

EL VIEJO BUEN RETIRO

Ahora que la primavera está en todo su esplendor y las lilas de la Casa de Campo han hecho su entrada triunfal en las calles de la Villa, pareceme ocasión de hacer una especie de elogio biográfico del venerable recinto que, comenzando por ser jardín de reyes, ha terminado en ser parque para satisfacción y regodeo del pueblo.

Por sus frondas y sus alamedas, hoy pisadas por toda suerte de gentes, cruzó en otros tiempos la tiranía palaciega y servil llena de intrigas y bajas pasiones. De estas huellas alzóse una nube de polvo, que fué formando los colores de nuestra bandera: el amarillo, que es coraje por la gloria perdida, y el rojo, que es rubor por haberla dejado perder.

Estas mañanas frescas y llenas de sol, en que damas y galanes truecan gustosos la placidez del sueño por el ambiente primaveral que en el ex regio jardín se respira, son como versos de un laudatorio poema compuesto en devoción de aquel rey poeta y banal que fué en el siglo Felipe IV de Austria.

Cuando el austero fundador del monasterio escorialense, segundo vástago de la dinastía austriaca, mandó adornar aquella estancia, denominada el cuarto, rodeándola de jardines a la manera de los que su esposa, doña María, había en Inglaterra; sin duda que no pensó en que pudiesen alcanzar vida tan dilatada y menos aún en que, corriendo los años, llegasen a ser patrimonio de la Villa.

Como él aderezó el lugar para que sirviera de retiro a los soberanos, así en las tribulaciones como en los momentos de meditación a que les pudiesen traer los graves negocios del Estado, mal podía imaginarse que en época no muy lejana de su muerte viese a degenerar en parque de recreos y nido de fiestas cortesanas.

La codicia y ansia de medro que carcomían el alma de aquel monstruo del favoritismo y la intriga que fué en el mun-do Conde-Duque de Olivares, desviaron criminalmente la conciencia del monarca, y a fin de poder Su Excelencia manejar los destinos de España a todo su talento y satisfacción, rodeó al joven e inepto soberano de un mar de enervantes placeres, que distanciaron casi por completo de los deberes y desvelos que son inherentes a la monarquía.

Diz que muchas veces, para embaucar-

le y hacer que cobrara aborrecimiento a las obligaciones de su alto cargo, presentábase el farsante ministro con la cinta y el sombrero llenos de memoriales y encarecía lo mucho que dábale que hacer la ilimitada confianza que en él hiciera Su Majestad.

A este fin de tener a un monarca divorciado de su reino débese la fundación de el Buen Retiro.

Comenzóse la fundación de este Real Sitio el año de 1630, ampliando aquellos jardines en torno a una casa en que se

al Ejército, en que la industria y la agricultura estaban a punto de fenecer del grave mal de tributos, impuestos y cargas, pero se encontraba oro que tirar a manos llenas en comedias, saraos, verbenas y cacerías. Lope, en *La Vega del Parnaso*, y en aquellos versos que llevan por título: *A la primera fiesta del Palacio Nuevo*, cantó las amables y deleitosas jornadas de aquella noche e hizo minuciosa y poética relación de los valiosos regalos que repartió entre las damas el galante y desaprensivo Privado.

escribir sus famosas sátiras políticas y sus diatribas contra el Conde-Duque, y en ellas, sin duda, sembró el odio mortal con que le honrara tan grande y desaprensivo señor...

Don Pedro, mucho antes de que pensara guiar su vida por el camino de la Iglesia, cuando era mozo de buen porte, enamorado y pendenciero, vivió en aquellos paseos y en aquellas estancias muchos pasajes de sus comedias, alguna de las cuales, como *El mayor encanto, amor*, se representó en el estanque sobre una balsa primorosamente adornada; por cierto que parece que fué durante los ensayos de la tal pieza dramática cuando tuvo unas pesadumbres y unas cuchilladas con un marido celoso.

¡Quién entonces le hiciera bueno que, después de haber guerrreado en Italia y en la Mamora, había de recogerse humildemente a decir con toda devoción la misa de una en Santa María! ¡Tales sorpresas acontecen guardando los ignorados destinos del mundo!

Don Juan de Tassis Peralta, cuando aún no era aquel bello paraje lugar preferido para las gorjas palaciegas, siguió algunas veces la carroza de la reina por quien murió de amores, y aun dió lugar a que el vulgo formara cierta leyenda en torno a un venerable ciprés que alzaba su belleza centenaria junto al estanque de las Campanillas.

Fuérase a hacer aquí mención, siquiera fuese sucinta, de las fiestas y sucesos notables acaecidos en aquel lugar, y no bastara ni con mucho el espacio de todo este

número. Aun ese cuerpo de edificio que ahora vale por Museo de Artillería (siendo su pieza principal el famoso Salón de Reinos) y fué hasta 1764 mansión de la hispana monarquía, si pudiera hablar, dijéranos muchas cosas que ni siquiera sospechamos; porque la Historia, gran bachillera, pero poco amiga de sucesos particulares y aislados, no se curó de recoger y comentar.

Las frescas alamedas y los tupidos paseos parece que en estas lindas mañanas de primavera acogen con más amor que a príncipes de la sangre a los descendientes de aquel pueblo sufrido y noble que dió veinte mil ducados para que sus reyes tuvieran una mansión digna, y sufrió en pago persecuciones del Fisco, horrores de la hambre, torturas de la guerra y tizonazos de la Inquisición...

Diego SAN JOSE

LA FERIA DE SEVILLA HACE CINCUENTA AÑOS



Adaptación fotográfica de un cuadro de Vicente Esquivel

guardaban aves raras traídas de las Indias, y a la que llamaba el vulgo el Gallinero.

Por Real decreto, ya nunca de allí en adelante volvió a llamarse de esta manera, sino el Buen Retiro, y con este nombre ha saltado las fronteras del tiempo, hasta llegar a los días actuales.

Tan bien acogió este proyecto el pueblo de Madrid y cumplió lo que en la pragmática se le mandaba, que dió generosamente veinte mil ducados para las obras.

La noche de San Juan de 1631 inauguróse solemnemente la magnífica residencia.

Famoso por todo extramo fué el festival, y acaso el más caro de cuantos celebráronse durante aquel reinado de la desaprensión y la galantería, en que no había dinero para devengar sus atrasos

Fué la centuria decimoséptima la de mayor auge y esplendor para el Buen Retiro, pues que en él tomaron cuerpo los más notables folios que en la Historia son crónica de la Casa de Austria.

No solamente se tejió allí ese enmarañado protocolo de farsas, fiestas e intrigas que desmienten que fuese aquel siglo el guardador de la fe, la galantería y el honor, sino que en aquellos magníficos jardines floreció el ingenio... y acaso dió fruto con tan inusitada lozanía, porque, como a toda flor bella y magnífica, le fueron necesarias la escoria y la putrefacción para desarrollarse.

Quevedo, Calderón y Villamediana conocían muy bien las tupidas frondas del suntuoso parque.

Don Francisco vió en ellos los burdos y complicados hilos de la política española, y tuvo allí los mejores indicios para

HOMBRES-SÍMBOLOS

Cualquier muerto que vive

ESTE fué, es y será un hombre ridículo que murió mil veces, ha de morir miles y morirá el último.

Vivía en un pueblo; amó y le amaron; hizo un alcázar que yo no sé si era de oro o de arena, y allí guardó al amor. Pero una vez—a la hora diabólica y bella de las tentaciones—entró el bandolero, y el risible hombre le sorprendió señoreado del tesoro.

Sin haber leído a los filósofos, porque nació antes que la ciencia, este hombre fué un filósofo, y no quiso matar. Habiendo leído en las estrellas, vió que él debía morir, y fué cobarde, y no murió.

Y erraba por la tierra, llevando la vida de no haber partido, y con los ojos vueltos hacia el palacio donde no supo reinar. Y entonces nuestra madre la Locura tuvo piedad de él y lo envolvió en su manto de nieblas luminosas. Desde aquel día pensó que estaba muerto. Lo decía humildemente a los demás, dolido de que la cruel Humanidad dejase su cadáver insepulto para burlarse de él. Corrió campos, atravesó ciudades, surcó océanos diciendo el trágico secreto, y nadie le creyó. Todos le respondieron: «Tú estás loco. No has muerto. Tienes que vivir.» Y mientras él sabía que era un difunto, días y años y siglos iban siguiendo su rodar, y él continuaba siendo un hombre de igual edad, iguales lágrimas. Todos los ámbitos del mundo vieron pasar su pena y sonó su lamentación ridícula en todos los hogares.

Yo le conocí en mi ciudad. Ciudad de sol y de borrachos, de fuerza y de alegría, donde no hay caridad ni ninguna virtud. Creí su muerte cuando me la contó.

Fuí yo el culpable de su embate primero a la tranquilidad municipal y ética. Hasta entonces había llevado mansamente el divino martirio de hacer reír; paseaba sus andrajos y su filosofía por cima del escarnio, y las pedradas de las gentes no ponían ni un sangriento rasguño en la amarilla faz del hombre que no tenía sangre en las venas. Silbado, vilipendiado, lapidado, no levantaba nunca la cabeza. Pero vió en mí al primer creyente, cuando una tarde, en el rincón de una taberna, me dijo su última agonía y su dolor de no hallar un sepulcro, y yo le prometí que, si lo hallase, yo iría junto a la tumba a decir con mi amada una oración de besos y a hacer sobre la losa la limosna de olvido del vino. Al salir, tambaleándome, le señalé un entierro que pasaba:

—Mira. Ahí va un compañero. Quítale su puesto.

El pobre hijo de nuestra madre la Locura alzó los ojos igneos, se le encrespaban los cabellos, apretó los puños, y se abalanzó al féretro. Hubo un escándalo, unos golpes, unos guardias, y fué a la prevención.

Pero ya su propósito era firme, incontrastable. Era un muerto que no quería andar más. Quería una sepultura: paz, descanso, tierra. Y al otro día rompió la austera severidad de otro sepelio. Y nuevamente, en otro nuevo, la rompió. Desafiaba a los muertos y a sus portadores. Cada hombre que moría era un adversario que iba a robarle un sitio suyo, a dormir en un lecho que era de él. Cuando la autoridad se decidió a encerrarle definitivamente, le fuí a ver y había huido.

Corre la tierra, con su dolor y su manía. Va buscando un sepulcro y unas gentes piadosas que le metan en él. Todos los días traen los periódicos el telegrama de su nueva acometida. En cada aldea, en cada provincia, en cada reino,

cuando llevaban a enterrar a alguno, le disputó el sarcófago y sufrió insultos de los allegados, prisiones de la policía, pallos de los loqueros. Y, siempre, de hospitales, manicomios y cárceles, se evade por manera misteriosa, sale sin que le vean, dejando sólo un ruido como el eco de muchas carcajadas de otros seres también invisibles que van corriendo y riendo en pos de él.

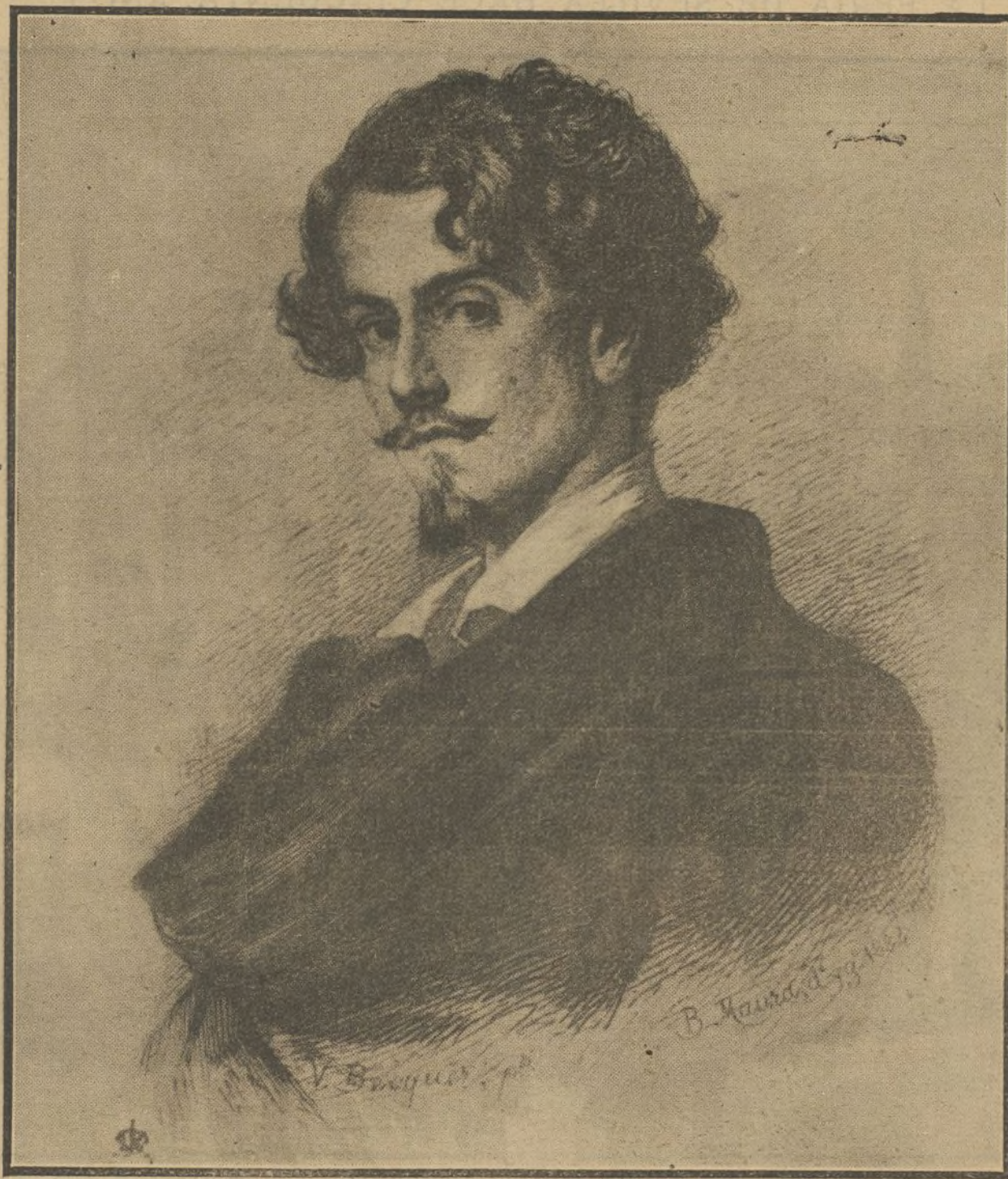
Yo sé el fin de esta historia, y lo tenéis que creer bajo mi fe. Este hombre ha de vagar más tiempo aun, con su es-

pantoso cansancio incansable. Cuatro diluvios, sobre cuyas aguas ha de flotar dentro del arca de su pena, le llevarán a tierras que hoy son el fondo de los mares y donde los siglos levantarán urbes de un magnífico vivir. Y no queriendo caminar más, entrará un día en un cementerio y encontrará vacía una tumba y se acostará en ella, y gritará su dolorida súplica. Pero tal día será el fin de los días. Los hombres, pareciendo en el postrer apocalipsis, no le han de oír: irán cayendo todos, mientras él llame vanamente a la Piedad. Y cuando se desmoronen las montañas cubriendo los inmensos campos llenos de cadáveres, en el minuto último, ese hombre ridículo morirá por fin. Y las montañas no caerán sobre la tumba, y ya no habrá quien pueda sepultarlo.

Joaquín LOPEZ BARBADILLO

UN CAFÉ DESAPARECIDO

El rincón de Bécquer



Gustavo Adolfo Bécquer

GUSTAVO Adolfo era un vagabundo artista que, de retorno de la áurea e insigne Toledo, iba a refugiarse a su rincón del café Suizo. La celda del monasterio de Veruela es un lugar de peregrinación para los devotos del poeta. Allí escribió sus *Cartas* y tal vez alguna de sus leyendas maravillosas. En su rincón del café madrileño escribió las *Rimas*, lo más personal, lo más íntimo, lo más imperecedero. Yo iba a sentarme todas las tardes ante aquella misma mesa de mármol azulenco con un gran temblor espiritual.

Las lámparas de siete brazos de bronce antiguo se reflejaban en el fondo de los viejos espejos, donde yo evocaba la dulce, menesterosa y dolorida figura del poe-

ta, que se aparecía en un retorno de tau-maturgia, con su fino mostacho, su romántica perilla, pálido y exangüe, con la aristocracia melancólica de un retrato de Van-Dick.

En aquel rincón trazaba las *Rimas* que serán el breviario de amor de todas las juventudes, porque la gloria de Bécquer la cantan los corazones de veinte años. El no sospechó nunca su gloria. Fué un hombre al margen, un solitario, un mendicante de las letras, como muchos poetas en España. Núñez de Arce era, sin embargo, muy halagado por la popularidad, esa hermanastra de la gloria que tan bellacamente suele elegir a sus favoritos.

Yo evoco la mano pálida del poeta, tra-

zando con una pluma fea y un tintero de café esas prodigiosas oraciones ungidas de emoción. Al desgair, su espíritu de poeta eterno iba concretando divinos momentos sentimentales, entre las charlas anodinas y las peroratas altisonantes de los oradores de café. No sospechaban que a su lado batía sus alas la inmortalidad. Tampoco Gustavo Adolfo lo sabía, pobre y olvidado como estaba. Y ella, la musa, tampoco lo supo comprender, y prefirió casarse con un político que llegó a ser ministro, y a falta de poesía le ofreció una vida de fausto y de vanidad. Ya se han muerto todos: la dama, el poeta y el ministro. Las rimas quedan con un oro de eternidad sobre el oropel de la casaca ministerial y sobre el oro y las piedras preciosas de sus tozetas de gran dama. También han quedado el dolor del pobre Gustavo Adolfo, que muy pronto se fué de la vida que le negaba el laurel y las rosas. El lauro vino después, como un sarcasmo, sobre las tablas horridas que le arrastraron, como en una negra barquichuela, hacia el Misterio.

Yo le evoco en una catástrofe de alma, sombrío y próximo al fin, escribiendo los versos de esta rima de desolada sinceridad:

Quién, en fin, al otro día,
cuando el sol vuelva a brillar,
de que pasé por el mundo
¿quién se acordará?

Aquellos amarillos espejos del Suizo vieron su rostro empalidecido cuando acabó de escribir, y acaso le vieron después hundir la cabeza en el pecho y salir lentamente, roto, deshecho, como un polichinela doloroso, con el que la mala casualidad juega a la pelota.

No tuvo el placer—ingenuo deleite de poeta—de ver sus *Rimas* coleccionadas en un libro. Sabido es que éstas no se perdieron gracias a Rodríguez Dorrea, gran amigo de Bécquer y su ferviente prologuista.

Seguramente algunas quedarían tras-papeladas. Muchos años después, un camarada de Bécquer publicó los versos que copio a continuación:

Una mujer envenenó mi alma;
otra mujer emponzoñó mi cuerpo;
ninguna de las dos vino a buscarme,
yo de ninguna de las dos me quejo.

Como el mundo es redondo, el mundo rueda;
si rodando, algún día, este veneno
envenena a su vez, que no me culpen.
¿Puedo dar más que lo que a mí me dieron?

Hacia ya muchos años... Ningún asiduo de aquel viejo café Suizo se acordaba del poeta, ni de los más antiguos. Acaso pasó inadvertido. Sólo las cosas inanimadas lo recordaban después: la lámpara que extendía sus brazos de bronce y mientras él soñaba le besaba en la frente con su llamita azul; los espejos, que copiaron su melancólica silueta; los divanes—siempre propicios a los poetas andariegos—, en donde se hundía horas y horas en los éxtasis poéticos, en los fracasos, en el cansancio de vivir.

D. Gaspar Núñez de Arce dijo desdeñosamente que las *Rimas* eran *suspirillos germánicos*. Aludía el versificador de *El vértigo* a una influencia de Heine. Era injusto. Bécquer fué más dulce, más femenino y tan grande como el bardo de Dusseldorf, y absolutamente original era su alma, y el alma no se mitifica. No sé si en Alemania las muchachas y los enamorados tienen como breviario de su corazón los versos del *Intermezzo* y de *La nueva primavera*. En España todos hemos sentido a Bécquer al lado de una bella mujercita que era nuestro primer amor.

Esa es la gloria de Gustavo Adolfo Bécquer. La que retoñará todas las primaveras, cuando dos nuevos enamorados se queden en éxtasis mirándose a los ojos, bajo la magia de la luna, en los jardines.

Emilio CARRERE



Los grandes escritores de París

El "Paludismo" de André Gide

Las versiones españolas que algunas casas editoriales anuncian, para pronto, de varias obras de Gide, divulgarán también entre nosotros el nombre de este interesantísimo escritor, que si es hoy, acaso, la primera figura literaria de Francia, permaneció durante largo tiempo gustado únicamente, en su propio país, por una muy selecta minoría, a causa, principalmente, de la compleja obscuridad que él ha cuidado de poner en su fecunda labor, receloso de que un fácil éxito inmediato le burlase la consagración firme y definitiva que hoy tiene.

Nacido André Gide en París, en 1869, debutó en la carrera literaria con los *Cachibos d'André Walter* (1891), que, publicados en forma anónima—toda primera obra es anónima—, proporcionaron a Rémy de Gourmont un gran éxito crítico al revelar el talento y predecir algo de la evolución de este original artista. Luego de señalar la forma de diario como la más adecuada a un temperamento esencialmente subjetivo y consciente, que al exponer su propio caso puede darnos algo nuevo, indicaba Gourmont las primeras inquietudes de este espíritu ansioso de dicha y anunciaba cómo, desengañado de su primera tentativa, habría de volver con un arma nueva: la ironía. Aparece, en efecto, esta ironía en la producción inmediata (*Les Poésies d'André Walter* (1892), *Paludes* (1895), *El Prometeo mal encadenado* (1899); pero extrañamente fusionada con un exaltado y fino lirismo. A medida que Gide produce, intriga y desconcierta más a la crítica con su diversidad de afirmaciones y estilos, nacida en una inconstancia espiritual que le hace renovarse en cada obra, dejando de parecerse a sí mismo y buscando, atormentado, su destino con desorientación tal que haría temer por su genuina personalidad, si genios como Goya no nos hubieran enseñado que a veces la mejor característica de un fuerte valor artístico es precisamente su multipersonalidad. Su norma es, pues, la inquietud, y en su variedad misma empieza a definirse la angustia del incansable buscador de todos los caminos.

En *Paludes* se formula esta desazón espiritual que anhela arrancarse a la pantanosa monotonía de la vida («¡tan cotidiana!», dice Laforgue) y sacudir la indiferencia de los demás que aceptan o ignoran su «paludismo». Quiere partir a buscar lo imprevisible; «la percepción empírica—dice—con el cambio de sensación; de ahí la necesidad del viaje»; pero como marcha sin rumbo fijo, vuelve pronto, «Estamos terriblemente encerrados», exclama, sintiéndose estremecido por esa fiebre de huir que corre de Mallarmé a Drieu la Rochelle.

Al igual que *Paludes* son *Le Voyage d'Urien* (1893) y *Nourritures terrestres* (1897) sucesivos impulsos o intentos de ir hacia toda remota felicidad, aun conociendo la imposibilidad de lograrla, es más, buscando el encanto en este incesante partir, en esta peregrinación sin término ni reposo absoluto. Hay en Gide,



Sin los lacios bigotes ni la melena bohemia, muestra este reciente dibujo de Bécot, la austera expresión actual, no exenta de romántica melancolía, del autor de «Paludes».

como en nuestro Unamuno, un concepto inasequible del fin supremo que mantiene su fiebre y su inquietud.

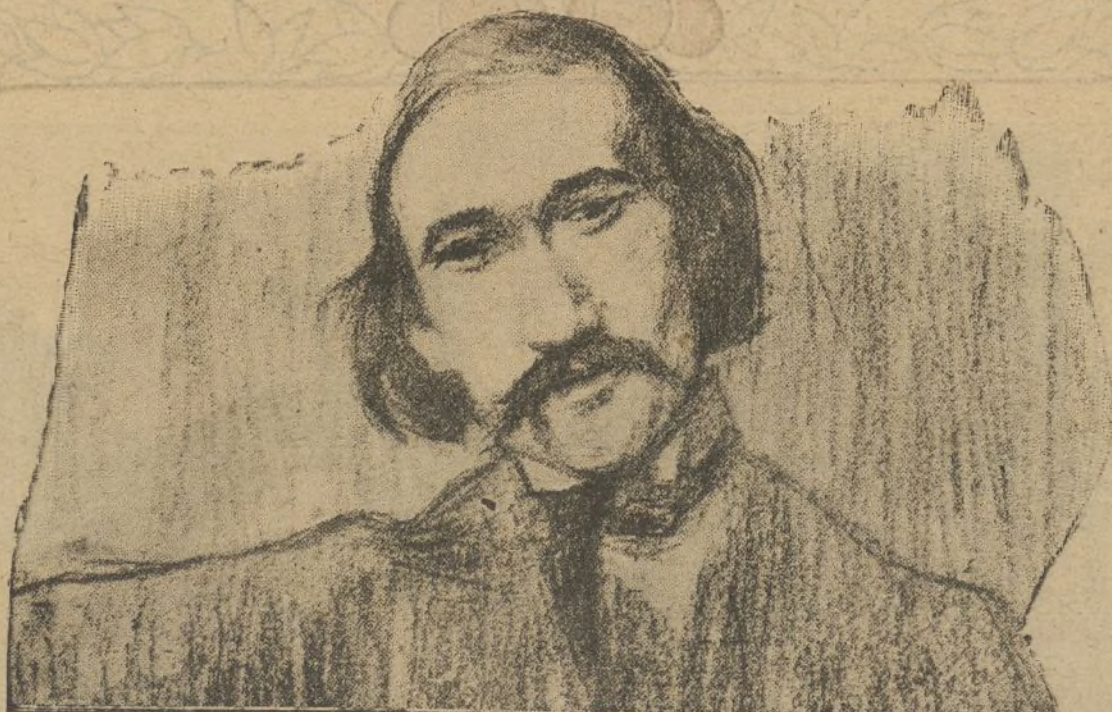
Aunque muy apartado del general arte escénico, escribe *Saul* y *El Rey Candau-le*, obra esta que, a juicio de Ghéon, aporta la acción al teatro francés, que había sido hasta entonces hablado.

Sufre Gide por entonces una importante evolución, ya iniciada en *Nourritures*, que le simplifica y le humaniza, volviéndole más hacia la Naturaleza y la vida, y haciéndole rechazar el lastre histórico y la cultura, que acaso entonces logra más que nunca, si es que por cultura ha de tenerse, en definitiva, «aquello que queda después de haber olvidado todo lo que se aprendió». Nietzsche y Dostoievski le despojan de artificiosas sutilezas simbólicas, impulsándole a buscar, libre de preceptos, nuevas relaciones con la vida,

juicios morales, formula su nuevo credo y se dispone a vivir (a ejemplo de los filósofos griegos, de Wilde mismo) su propia doctrina, que es en este caso el más egoísta ideal dionisiaco de goce vital y libertad.

Asistimos entonces al envilecimiento progresivo—que lógicamente degenera en la aberración y el crimen moral—del protagonista que, en su cruel cinismo, sacrifica a la más admirable figura de mujer. Pues bien; a pesar de las repetidas protestas de absoluta neutralidad que el autor ha hecho, proclamando su sola intervención del fiel narrador, parte de la crítica ha visto en esta obra una franca apología de la nueva amoral.

Si Gide hubiera, deseado esto, su héroe, triunfaría, exaltado por él a un plano nuevo y distinto, pero superior al inicial, y no rodaría derechamente a la si-



Retrato de André Gide, hecho en 1900 por el famoso Henry Bataille, poeta, autor dramático y dibujante

más allá—claro es—del bien y del mal. El problema del alcance moral planteado por Nietzsche inspira a Gide su famoso libro *El Inmoralista*. El autor, que tiene predilección por el estilo narrativo,—que Wilde le censuró—, relata, con admirable maestría, el proceso de perversión moral que experimenta un hombre que, convaleciente—como Nietzsche—, renace en sus sensaciones, y abandonando, en su nuevo amor a la vida, trabas y pre-

ma como lo hace. El autor ha hecho partir a su protagonista de un punto y le ha seguido hasta el término natural del sistema, mostrando lealmente el fracaso de su intento. «El hombre libre es inmoral», dice el propio Nietzsche, y Gide, que en su obra, como Oscar Wilde en su vida, ha seguido hasta el fin la aventura, muestra, impasible, como se desmorona el muñeco de barro, falto de luz.

Y esta es la más elocuente actitud del

artista ante su obra: el desamparo. Cuando el protagonista llama, como desde el fondo de una cisterna, a sus compañeros para confesarles toda su miseria, no se tiende una mano que le levante o le castigue; con la última palabra del relato termina el libro. El autor, exento de piedad como de ira, contempla, consternado, su engendro, entrega a la curiosidad el caso... y emprende otro camino.

¿Prueba más decisiva? Su obra posterior: *La puerta estrecha*. Buscaba la verdadera entrada, la puerta única, y ha visto que ésta no es la más amplia. ¿Será, por el contrario, la «puerta estrecha» que el Evan-

gelio señala? Y hacia ella se dirige, esta vez, con Alissa, la mujer enamorada, que ahoga el amor de su alma por el amor de Dios, siguiendo el ascético camino del más puro sacrificio cristiano. Pero al final (en las últimas palabras del diario de Alissa) vacila y queda triste y maltrecho nuevamente, pero sintiendo ya el anhelo de emprender una próxima aventura. Con acierto ha observado T. de Visan que *La vuelta del hijo pródigo* (1907) resume el espíritu tan complejo de Gide.

El prodigioso estilista, que se complacía en las más inauditas maestrías, se muestra, como en sus demás obras, en los preciosos tomos de crítica: *Pretextos* y *Nuevos pretextos*, y en su novela *Isidore* (1911), en la que hay precisamente un tipo de mujer muy característico, de una de esas admirables heroínas de Gide, que proyectan, desde un vaporoso segundo término, el intenso reflejo de su bello amor. Siguen a estos libros *Las cuevas del Vaticano* (1913), novela de aventuras, y en 1919, *La Sinfonía pastoral*, y últimamente unas notas autobiográficas publicadas en *La Nouvelle Revue Française*, por él fundada.

André Gide ha partido de Nietzsche; pero al llevar al arte esta filosofía, ha de encauzarla fijándole un destino, porque en Nietzsche, el hombre, tendiendo a su propia superación, se revuelve enjaulado dentro de sí mismo y enloquece. Gide, en su fiebre de liberación, presiente que el fin es otro y externo; «nuestro fin único es Dios», ha dicho en *La tentativa amorosa*; pero le falta la fe; teme acaso, como Alissa, sentirse solo al final, y por eso duda en tomar el sendero angosto, en incorporarse al amplio renacimiento religioso con que el mundo restaña sus padidos racionalismos.

Hay un místico en Gide que acaso no tarde en brotar, y al que delata ya ese afán de volar hacia más bella patria, cuya nostalgia siente cada vez más.

Ya conoce el camino, y si la fiebre le ahoga saltará los prejuicios amorales que le obstruyen el paso para lanzarse, al fin, resueltamente hacia «la puerta estrecha... tras la que se adivina el manantial seguro de agua viva, donde vienen los ángeles a beber, calladamente, rozando apenas el cristal con sus alas, al detener en el aire un instante su vuelo».

Antonio MARICHALAN

SEVILLA EN FIESTAS



CUATRO GENTILES AMAZONAS EN LA FERIA

la Luna en la placidez augusta y serena de la dormida noche de mayo florido, los jardines del Alcázar fueron plantados por el arte mágico de un viejo brujo moro, que en las noches de sábado acudía a los aquelarres en busca de almas gemelas para danzar con ellas alrededor de la hoguera, cuyas siluetas dibujaban la figura arlequinesca de Satán, el Enemigo Malo, inspirador del culto al macho cabrío.

Y por ella el Guadalquivir tiñóse de rojo al juntar en su cauce la sangre agarena y

la sangre cristiana de las huestes de aquel buen rey Fernando III, que, al conquistarla, logró para su corona la más preciada de las perlas. Y fué entonces cuando conoció el impulso triunfante y arrollador del morado pendón castellano.

Y por ella, para cantar su gracia y proclamar por la faz de la tierra el imperio de su hermosura, surgió la noble pléyade de los gloriosos poetas sevillanos, que crearon su inmortal escuela, inmortalizando el nombre de la ciudad querida.



UNOS «CAÑÍS» PESANDO UN OPULENTO CERDO

SEVILLA, la ciudad admirable y única, va a celebrar sus fiestas. Venid a ella. Gozadla en la plenitud de su belleza, en la plétora de su vitalidad, en el renacer de sus jardines, en la primavera de su vivir. En la adorable paganía de un cielo azul, de un sol de oro, de un ambiente lujurioso y exaltador, abre sus brazos para recibirlos.

Es la mujer amada y deseada tanto tiempo, cuya hermosura conocisteis por viejas crónicas y amarillentos pergaminos, y, sin embargo, es perennemente joven y perennemente bella.

Bañó su cuerpo en el fuego sagrado de la Vida Inmortal, y fué nacida del éxtasis amoroso de Venus y Marte. De ella tiene toda la suprema belleza, el encanto indecible de sus ojos diabólicos, la eutritmia deleitosa de su pureza de línea, la fragancia de sus carnes, blancas como el nardo, suaves como la seda, que saben a ambrosía, que huelen a vida joven... Perpetúa de él la airosa y gentil gallardía de su continente altivo, la fiereza pasional de su corazón, los impulsos generosos de su alma de dios.

Tiene la casta timidez de la desposada, cuya frente cefíe aún el azahar que florecía en el naranjo, y sabe, no obstante, el supremo deleite que encierra la dicha de amar.

Es única.

Morisca y cristiana, mujer y diosa, hembra y diablesa, vive y perdura a través de los siglos, siempre joven, siempre sugestiva, imperecederamente hermosa, llena de tentaciones, irresistible más que el Pecado, superior al Deseo, infinitamente amada, con todas las vehemencias, con todos los impulsos, con todas las energías; con todas las inquietudes del alma y del corazón.

Ella escuchó el plañir lastimero y enamorado de los grandes Califas, de los poderosos Emires, que al son de guzlas y al arrullo cadencioso de tiernas e inspiradas kasidas quisieron rendir su corazón.

Para ella, el genio inmortal de una raza de artistas elevó a los cielos el poema de piedra de nuestra catedral. Y soñando en la gentileza airosa y gallarda de su cuerpo, la Giralda fué concebida. Y aflorando la plástica belleza y la armonía de sus pechos abúrneos, turgentes y altivos, las cúpulas grandiosas coronaron, atrevidas y orgullosas, el conjunto. Y de la deleitación íntima y secreta de su cabellera negra, de su cuello ideal, de todas las perfecciones, hechizos y encantos que encierra su cuerpo, surgieron los encajes de granito que orlan las páginas del ciclópeo poema.

Y para que ella gozara del místico embrujamiento de Nuestra Señora



AHÍ EN MEDIO TIENE EL LECTOR A LA FLOR DE TRIANA, QUE HA IDO A VER TOREAR A JUAN BELMONTE, Y ABAJO EL CUADRO ALEGRE, RICO Y CASTIZO, SEÑORIAL Y ANDALUZ, DEL PRADO DE SAN SEBASTIÁN DESPUÉS DE LA CORRIDA

Y por ella el espíritu moderno de los aquí nacidos vibra lleno de inquietudes, de vagos anhelos, de emociones nuevas, que bucean en los insondables abismos de la vida, ansiosos de coronar la frente de la dulce amada con el laurel inmarcesible que proclama el triunfo absoluto, el imperio inderrocable de la Ciencia y del Bien.

La ciudad, al volver a celebrar sus fiestas, renueva una vez más el mágico espectáculo que los ojos de nuestro espíritu quisieran siempre ver por vez primera, para poderla gozar en toda su intensidad emotiva, plástica y de sensualista policromía, el conjunto maravilloso de las fiestas abriñeñas, ofrenda del espíritu de Sevilla, que así sabe mostrarse a la admiración de propios y extraños.

Sevilla, en fiestas, es un paréntesis abierto en nuestras inquietudes y en nuestros pesares para paso a la Alegría y al Placer. Es un descanso para el espíritu, atosigado y rendido, y un leve ensueño para el alma, lacerada y dolorida. Es un alivio para el corazón que sabe de tristezas y penas que agotan y matan. Es el grito imperioso de nuestras vidas, trabajadoras continuas y laborantes sin descanso, que reclaman su derecho a tener puesto por un día en el banquete opíparo de la vida alegre y fácil.

Y es feria en las almas, en los espíritus y en los corazones. Y vivimos entre el estruendo de una loca y divina alegría, que aleja de nosotros al hombre de ayer, humano en sus egoísmos, luchador por necesidad y cruel por imposición del Destino.

Y lo mismo que de la guitarra surge la copla, y en nuestros labios, tantos días contraídos por el rictus del Dolor, brota el cantar, así nace ahora, limpia, joyante, sonora, como regalo de dioses, la risa jocunda y optimista que nos reconcilia con la Vida y con nosotros mismos.

¡Feria de Sevilla! Feria para el alma, para el corazón, para el espíritu. En la paganía de un admirable cielo azul, la ciudad ríe vistiendo sus mejores galas.

Viste su manto de luz y de flores; al mismo tiempo que resucita Dios, se despierta la ninfa que dormía a la orilla del risueño Betis; rosas y aromas, armonía y color, son los heraldos de la Feria, que viene ya con su vibrante son de guitarras morunas, con su explosión de risa popular, con su alegría que se mete en el alma, mezclada al trago de oro del vino de Sanlúcar...

La ciudad va a celebrar sus fiestas. Venid a ella.

Gozadla en la plenitud de su belleza, en la plétora de su vitalidad, en el renacer de sus jardines, en la primavera de su juventud.

D. MARTIN NUÑEZ

LA PRINCESA QUE NO TENÍA SENTIDO COMÚN



ÉRANSE un rey y una reina que estaban muy tristes porque no tenían hijos. Al fin, un día recibieron una nena preciosa, y fué tal su alegría, que el rey dió un salto tan grande que pegó contra el techo y se hizo un chichón en la cabeza, y la reina enfermó por la sorpresa; pero no tardó en reponerse.

—Es necesario— declaró el soberano— que nuestra hija sea un dechado de perfecciones; vamos a darle por madrina a nuestra vecina y amiga el hada de las Esmeraldas, para que le conceda toda suerte de dones.

Acto seguido envió una importante Delegación de ministros para invitar al hada a ser madrina de la princesa.

El hada de las Esmeraldas se apresuró a acudir, espléndidamente ataviada y con soberbia corona de brillantes verdes. No obstante tanta elegancia y tanto lujo, y a pesar de venir cómodamente sentada en su carroza de cristal verde, el hada no estaba de muy buen humor.

—Tengo que irme volando—dijo—, porque una hermana mía, el hada Brillantina, que vive en China, ha perdido su varita mágica, y debo ir a ayudarla en sus pesquisas.

Sin embargo, como quería mucho a sus vecinos los reyes, se dignó amadrinar a la recién nacida; le puso el nombre de Esmeraldina, y acercándose a la cuna, murmuró algunas palabras rápidas. Luego aceptó unos dulces y una copita de Jerez, y desapareció al vuelo de su tiro de palomas verdes.

Esmeraldina creció en edad, en belleza, en bondad y en gracia. Pero, ¡ay! No bien pasaron unos años, sus padres observaron con espanto que la princesita era tan atolondrada como bella, tan incongruente como graciosa, tan absurda como buena.

Sus ocurrencias tenían asombrada a toda la corte; tan pronto como se le ocurría una cosa, la abandonaba para pensar en otra; y a veces ponía en ejecución los caprichos más extravagantes, sin reparar en las consecuencias.

Sus Majestades se desesperaban.

—Esta hija nuestra es tonta—decían.

Entonces la nodriza de la princesa, que se hallaba junto a la cuna cuando el hada hizo su visita, se acordó de haberla oído decir: «Te doy la belleza, te doy la bondad, te doy la gracia», y algunas cosas más; pero tenía la seguridad completa de no haberla oído decir:

«Te doy el sentido común.»

—¡Pues no busquemos más!—exclamó la reina ante tan grave revelación—. Esmeraldina no es tonta; pero le falta el sentido común.

—Parece mentira—expuso el rey con irritación—que nuestra amiga se haya olvidado una cosa tan esencial.

—Acuérdale de que llevaba mucha prisa...

Enviaron una nueva Delegación al hada para ver si había manera de arreglar aquello; pero el hada se hallaba en Cochinchina, adonde había sido llamada con urgencia por las sombrereras y sombrereros del país, porque desde hacía algún tiempo había una plaga de niños que nacían sin cabeza.

Entonces el rey, desesperado, acudió a un ermitaño amigo suyo, que vivía en el desierto. Este hombre pasaba por ser el más sabio del reino; era tan viejo, que nadie sabía su edad; había sido amigo y consejero del padre del rey, de su abue-

lo, de su bisabuelo y hasta creo que de su tatarabuelo.

El ermitaño llegó al palacio con un humor de mil diablos.

—Hace apenas cincuenta y seis años—dijo—, tu padre se permitió la libertad de mandarme llamar para resolver no sé qué conflicto de Estado; ahora, tú, vuelves a molestarme. Comprenderás que mis profundas meditaciones no pueden ser interrumpidas tan a menudo. Dime pron-

to lo que deseas, que no tengo tiempo que perder.

—Gran sabio—dijo humildemente el soberano—, mi hija no tiene sentido común. ¿Qué debo hacer con ella?

El ermitaño miró fijamente a la princesa, acariciándose la barba, que arras-

traba por el suelo. Frunció el entrecejo, se llevó el dedo índice a la frente y, al fin, en medio de un silencio respetuoso, dijo con voz fuerte y solemne:

—¡Si no tiene sentido común, que lo busque!

Luego se retiró, dejando a los soberanos y a toda la corte abrumados bajo el peso de tan profunda sentencia.

Pero Esmeraldina estaba tan fresca; hizo una pirueta y declaró, riendo a carcajadas:

—Me voy a buscar sentido común.

—¿Estás loca?—gritó el rey, escandalizado—. Irás en una carroza de gala, cerrada, y seguida por una escolta de honor; otra que llevará las provisiones de boca; otra que...

Pero Esmeraldina no le oía; cogió un pedazo de torta, se lo metió en el bolsillo, sin duda como demostración de la previsora que sabía ser, y echó a correr tan rápida y ligera, que fué imposible darle alcance.

Anduvo unas horas cantando y brincando, sin pensar en nada, según su costumbre, y llegó así a la orilla de un río. Entonces sintió hambre, y sacando el pedazo de torta, se disponía a llevárselo a la boca, cuando una miga cayó al agua. En el acto, un centenar de pececillos coloraditos acudieron a comérsela.

—Pobrecillos—murmuró Esmeraldina—, tienen hambre.

Y, ni corta ni perezosa, desmigó toda la torta en el río. Cuando no le quedó nada notó que tenía más hambre que antes, y esto la sorprendió. Pero no se detuvo a reflexionar acerca de este fenómeno, y pensó tan sólo:

—Voy a pasar a la otra orilla.

Como no tenía lancha, se quitó uno de sus zapatitos de raso, lo echó al agua y se sentó sobre él.

No sé si el zapato la hubiese llevado a la otra orilla; pero lo dudo. Afortunadamente, en el mismo momento acudieron miles de pececillos en filas apretadas, rodearon a la inculta princesita y la bajaron, sin daño alguno, al fondo del agua, donde se encontró ante un palacio de coral. Entró resuelta y vió sobre un trono de perlas y bajo un dosel de encajes de blonda, formado con algas marinas, a un pez enorme y majestuoso.

—Soy el rey de este río—dijo el pez—; te has quedado sin torta por dar de comer a mis súbditos. En muestra de agradecimiento te regalo este frasco. El agua que contiene te alimentará como si fuera pan o carne; no la desperdicies.

En seguida acudieron los pececillos, la rodearon y la llevaron en vilo hasta la otra orilla.

—Seguramente—pensó Esmeraldina, sacando de su bolsillo el regalo del rey de los peces—, esta agua estará perfumada. Me voy a echar un poco a ver a qué huele.

Y se echó la mitad del frasco; el agua no oía a nada. Esmeraldina siguió andando unas horas, cuando sintió otra vez apetito. Se disponía a beber lo que quedaba en el frasco, cuando de pronto vió a un pajarito que intentaba atrapar unas gotitas de agua depositadas por la lluvia en un hoyito del camino; las gotas desaparecieron absorbidas por la tierra, y Esmeraldina pensó conmovida:



—Pobrecito, tiene sed y el río está lejos. Cogió al pajarito y le vació el frasco en el pico. Y cuando el pájaro hubo desaparecido, la princesa notó que su apetito no había disminuido; pero en el frasco no quedaba ni una gota de agua.

Por primera vez en su vida, Esmeraldina se disponía a desesperarse seriamente, cuando vio llegar una legión de pajarillos que llevaban una miga en el pico. En pocos minutos la princesa tuvo ante sí un montón de migas, que equivalía a un pan enorme; se lo comió, y siguió andando y cantando.

Llevaba ya tres días y tres noches andando, cuando, de pronto, se le ocurrió que no sabía siquiera por donde se hallaba lo que buscaba; detuvo a una vieja que pasaba, cargada con un haz de leña, y le preguntó con una graciosa reverencia:

—Señora, ¿podría usted indicarme dónde encontraría el sentido común que me falta?

—Tengo oído—contestó la vieja—que lo poco que queda en esta tierra se halla en una gruta de aquella montaña, guardada por el dragón de fuego.

Esmeraldina tomó la dirección indicada y llegó en efecto a la famosa gruta. A la entrada vigilaba un dragón con cabeza de tigre, cuerpo de león, cola de serpiente y que echaba llamas por las narices y la boca. La princesita estaba un poco asustada; de pronto, oyó que el dragón lanzaba un rugido de dolor y se revolcaba por el suelo; se le había hincado una astilla en una pata.

Si Esmeraldina hubiese tenido sentido común hubiera pensado que un dragón es un bichillo un tanto peligroso, aun cuando le duela una pata; pero como no tenía ni pizca, se acercó tranquilamente, y con mil precauciones para no hacerle daño, le quitó la astilla; en el mismo momento el dragón se alzó, abrió una boca enorme, lanzó un torrente de llamas y... se transformó en un hermoso príncipe.

—Hace más de mil años—dijo—ofendí a una mala bruja que, para vengarse, me convirtió en dragón, me dió la guardia de la gruta del sentido común y me condenó a permanecer aquí, bajo esta horrible forma, hasta el día en que alguien viniese en busca de lo que guardaba. Hasta ahora no había venido nadie...

—Entonces—preguntó la pobre Esmeraldina—, ¿todo el mundo posee bastante sentido común?

—No; pero todo el mundo cree poseerlo; el resultado es el mismo.

—¿Me vas a dar a mí un poco?—tornó a preguntar la princesita.

—Mira—dijo él—, ahí está en la gruta; pero si te he de decir la verdad, aunque abulta poco, pesa un horror. ¿Para qué quieres cargarte con tanto peso? ¿Qué falta hace el sentido común cuando se tiene un corazón como el tuyo? Cástate conmigo y ya verás qué felices somos.

Esmeraldina no se detuvo a reflexionar, naturalmente; aceptó la proposición, encantada, y los dos volvieron a palacio riendo y cantando. Se casaron y fueron efectivamente muy dichosos.

El sentido común sigue en la gruta; ya no le guarda ningún dragón, y, sin embargo, no he oído jamás que nadie haya vuelto a buscarlo.

Magda DONATO

Dibujos de BARTOLOZZI.

ESPECTÁCULOS EXÓTICOS

CADA vez nos atraen más las cosas sacadas de quicio, y cuanto más sacadas, mejor. No parece sino que nuestro cuerpo, al que no nos atrevemos a llamar sandunguero, tiene especial empeño en concurrir a los espectáculos absurdos y, claro, hay que darle gusto a ese cuerpo, ya que hemos de estar unidos a él toda la vida, por lo menos.

Antes, venía un amigo a brindarnos la idea de concurrir a la representación de una comedia plácida, de esas en que se toma té y el primer actor deja siempre el sombrero en la silla que hay colocada cerca de la puerta, y nuestro espíritu se regocijaba.

Ahora ya es muy distinto. Los tiempos han aguzado la sensibilidad de las gentes y éstas buscan emociones de mayor cuantía.

—Hay una *troupe* indostánica que representa admirablemente, según dicen, la vida de las hormigas. ¿Viene usted?

—No hemos de ir! Vamos allá, y nuestra estupefacción no reconoce límites. Como claridad, aquello no tiene mucha; pero no importa: lo principal es verlo y comentarlo, como si se tratase de la cosa más estupenda del mundo.

—Verdaderamente, no hay como los extranjeros para sentir el arte y expresarle gráficamente. ¿Ha visto usted con qué naturalidad y acierto nos ha demostrado ese indostánico vestido de verde que se halla enamorado de la indostánica rechonchita y chata?

—Hombre, yo, la verdad: no lo he entendido bien.

—¿Cómo que no? Ese frotamiento contra el tronco del árbol, ¿qué cree usted que quiere decir?

—Que le picaba una paletilla y se rasaba.

—¿Qué disparate! Eso será entre los europeos; pero tenga usted en cuenta que esta *troupe* pertenece a un país completamente asiático, y por lo tanto, sus manifestaciones tienen que ser muy diversas a las nuestras.

—¡Ah, eso sí!

Sinceramente creemos lo que dejamos dicho; y ya en plan de admiración, nos lanzamos a encontrar todo sencillamente prodigioso, dedicándonos luego a hacer su propaganda, como si cobráramos un sueldo en contaduría.

—Es una maravilla de color y de vida, como aquí no la habíamos visto nunca; porque, nuestros actores, ¿qué hacen?

Representar comedias.

—Ya ve usted; casi nada.

Así estamos, entregados por completo al *snobismo* en el arte y dedicados a postrarnos de admiración ante todo lo que nos es extraño y diferente a lo que desde pequeñitos hemos presenciado. Ante semejante manía, ¿qué van a hacer

los empresarios madrileños, mas que echarse por esos mundos de Dios a buscar novedades con las que causen nuestra admiración y sacarnos el dinero presupuestado para diversiones? En cuanto uno de ellos se entera, por ejemplo, de que en Suiza o en Laponia hay un tío que toca el tambor con la tripa o una familia compuesta de catorce individuos que son capaces de interpretar mimicamente la plana de anuncios de un periódico, ya están locos para atraerse a semejantes artistas, en la seguridad de que va a quedar *eputado* el buen público que vuelve la cabeza a los espectáculos nacionales y castizos. Como aquí, dicho sea sin ánimo de ofender a nadie, nos las tragamos como puños, acudimos al reclamo, cual si fuésemos sencillas codornices, y no nos atrevemos luego a decir con entera franqueza que aquello nos parece una estupidez con lentejuelas, porque nos atraeríamos la repulsa de todos los iniciados en la grandiosidad del espectáculo.

—¿No le gusta a usted? ¡Parece mentira, porque esto respira originalidad. Ya ve usted: hasta el bombero de servicio se ha emocionado; ha dejado caer al suelo el casco.

Miramos al heroico funcionario-apagafuegos, y comprobamos que la emoción le hace roncár; pero, ¡librenos Dios de decirlo, ni de envidiarle, porque seríamos menospreciados de todos.

Vengan espectáculos exóticos, celebremos en los entre actos y demos por ellos nuestro dinero. Habremos quedado perfectísimamente, como admiradores del género, aunque en el fondo nos hayamos aburrido mucho más que un macero en día de votación nominal. Pero, adelante con los faroles... siempre que éstos tengan formas raras y hayan sido confeccionados más allá de los Pirineos.

A. R. BONNAT

IMPRESIONES DE UN LECTOR

VIDAS MILAGROSAS y EJEMPLO.

Don Artemio de Valle Arizpe es un escritor mejicano enamorado de la tradición clásica española. Pertenece, en cuanto a su estirpe americana, a la raza espiritual de los conquistadores. Para un lector español, sin duda es más interesante la herencia, de la bravura indígena, la descendencia espiritual de los imperios destruidos. El Sr. Arizpe ha querido formarse una *manera*; ha forzado su estilo y su sentimentalidad para que correspondiesen a la transfigurada austeridad caballerescas de la corte de Felipe III. Yo creo que ha influido más la engolada y ceñuda majestad de las galerías de retratos nobiliarios que la literatura de la época, en esa sombría idealización corriente de aquel tipo racional.

Acabo de leer dos libros del Sr. Arizpe, acomodados a esa norma. El uno se titula *Vidas milagrosas*; el otro, *Ejemplo*. Ambos están primorosamente editados; decoran el último unas viñetas del fecundo improvisador de fantasías mi buen amigo el mejicano Roberto Montenegro. El *Ejemplo* viene a ser la estilización de una página de ejemplario devoto. El tipo central, especie de Tenorio exagerado en sus rasgos negros, retorna a la fe y abraza la penitencia por la maravillosa visión de un milagro de la Virgen, en el momento en que va a consumir un sacrilegio. Ese Don Rodrigo, aunque no sea más que por la sugestión del nombre, me recuerda su homónimo manzoniano de *I Promessi Sposi*, cuya muerte pertenece también a la literatura de ejemplario.

El otro volumen está compuesto de narraciones adaptadas a la misma modalidad. La primera de ellas, *El Retrato*, tiene algún parentesco de fantasía con *El Retrato de Dorian Gray*, sobre todo en su desenlace. Otras dos—*De cómo murió D. César de Tavera* y *El Cristo de las venganzas*—son renovaciones del asunto de *Ejemplo*. El alma de Mañana

divaga sobre ellas. Encuentra cierta violencia en la paradójica unión de la figura del Cristo con la idea de venganza en la segunda; violencia que informa también, con algún dejo irónico, la narración intitulada *La peor parte*, en que la intercesión de la Virgen ampara unos ilícitos amores. *Fr. Bartolomé de Valumbroso* es, para mí, la más típica de esas imitaciones; vida de asceta torturado por el ataque material de los demonios, escrita con toda la ingenuidad de ciertas biografías de la época. *La Virgen de la Rosa* renueva, en parte, el asunto de *Margarita la Tórnica*, cuya tradición es tan antigua. *El sacrilegio de Don Opas*, caso de sadismo místico, es el más atrevido de esos fragmentos. El final tiene un fuerte relieve sangriento. Y, en fin, la narración última, *Tú eres el único*, es un delicado episodio de fraternidad franciscana extensiva a las bestias.

No encuentro reparo a la minuciosa pulcritud de esas adaptaciones o *pastiche*. Pero no creo en la vitalidad interna de tales esfuerzos. No son resurrecciones, sino sombras de pesadilla, fingidas apariciones de espectros. Yo quisiera que el Sr. de Valle Arizpe se emancipara, en adelante, del alma parásita que habita en él y sustituyese su personalidad de contemporáneo. Su bien probada fuerza de evocación nos hace esperar una obra genuina y libre. El *dilettantismo* americano de la España castiza, especie de adoración epifánica a la patria abuela, tuvo su manifestación capital en *La gloria de Don Ramiro*, de Larra. Pero ese libro procedió de la parte de América donde menos viva se conserva la *americanidad* precolombiana. El señor de Valle Arizpe, mejicano, experto en fantasías y ensueños, debe darnos un libro en que estalle la modalidad endogénica de su país, opuesta a la profana imposición con que nosotros quisimos extinguirla.

LA QUE LLEGÓ TARDE.

El escritor Germán Gómez de la Mata nos da en esa novela un matiz nuevo del problema sexual. Me apresuro a decir que el estilo, la distribución de conjunto, la armonía entre el coro de personajes periféricos y el dúo amoroso central, pertenecen a la ya clásica manera realista; pero no pierden nunca el sentido de la amenidad. El autor ha querido infundir un sentido espiritual al choque físico de esa pasión; pero se me antoja que con ello ha desvirtuado un poco el valor puro de su narración, cuyo mérito está sólo en la vitalidad plástica, casi diríamos escultórica, de su grupo. Hay en esa obra un tipo de mujer, Hetty, vividamente creado. El tipo del amante,

En el próximo número de LOS LUNES saborearán nuestros lectores una desconocida y breve obrita de

MATEO ALEMÁN

Es un opúsculo burlesco, no mencionado por ningún bibliófilo, que se estampó en Valencia, en la imprenta de Juan Crisóstomo Garriz, junto al Molino de Rovella, en 1615. Se titula

ARANZEL DE NECEDADES Y DESCVYDOS ORDINARIOS

y en él campean el puro estilo y el agudo ingenio del autor celeberrimo del GUZMÁN DE ALFARACHE

LECTURAS

en cambio, tiene una irremediable vulgaridad nativa. Y la moraleja final—perfectamente moraleja—no resuelve el conflicto espiritual, sino que lo agrava.

El verdadero conflicto, de remordimiento, de tedio, de vida imposible, acaso se inicia en el momento mismo de ese angustioso desenlace...

LA SIRENA CIUDAD.

De Andrés Peláez Cueto. Estilización de un asunto ya clásico: la inadaptación del escritor, flor de artificio ciudadano, al medio rural y al amor ingenuamente idílico. El autor soluciona su lucha por el triunfo de la ciudad, la ciudad sirena, pérdida como un filtro de hechicería, como una droga alcohólica. Pero... me parece que los dos términos de esa antítesis, ya vieja, han sido casi siempre viciosamente caracterizados, y que la ciudad, respecto al campo, no es una corrupción, sino una depuración. Claro está que genéricamente considerada. Pero esto nos llevaría muy lejos...

LIBROS DE JÓVENES.

Recibo, muy a menudo, opúsculos en que algunos jóvenes inician su vida literaria, una vida literaria que no siempre pasa de ahí. Y lo curioso es que muchas veces la literatura típica de los jóvenes tiene los caracteres de una agobiada y triste senilidad. Es la consabida forma pesimista y escéptica del viejo romanticismo, la esproncedesca, la becqueriana.

Yo quisiera infundir en esos jóvenes, no precisamente el vicio contrario, es decir y calculista antirromanticismo que ha secado los manantiales del sentimiento en muchos espíritus de preclara intelectualidad, sino el impulso pasional del otro romanticismo, renovador y agresivo, que convierte su ingénita inadaptación no conformista en rebeldía, en lucha por la imposición del ideal interno y animador, encendido a modo de columna de fuego ante nuestros pasos. Mirad alrededor vuestro; mirad a España, al mundo entero. ¿No os parece esta hora digna de ser vivida, para alzar en ella nuestra lanza de Quijotes?

Gabriel ALOMAR

Con el sugestivo título de *Odisea de un vencido* ha visto la luz un tomo de poesías de D. Juan Mailló.

El exquisito poeta, que tantos triunfos obtuvo en la escena, los renueva con estos versos fluidos velados por una nota pesimista, quizá exagerada, pero que responde a un fuerte temperamento de poeta.

El libro está avalorado por un bien escrito prólogo de Rafael Urbano.

El doctor A. Anselmo González, muy conocido por su labor científica anterior y por su propaganda constante en pro de la aplicación de los métodos experimentales a los estudios de Psicología y de Pedagogía, ha publicado un libro muy interesante y que puede ser de eficacia positiva en esa propaganda: un *Manual de investigación psicológica, Técnica de Psicología experimental sin aparatos*, en que ha reunido los procedimientos que psicólogos, médicos y maestros pueden aplicar, sin necesidad de aparatos costosos ni de aparatos que alejen al sujeto de estudio de su propio ambiente, con riesgo de que se altere en más o en menos la psicología particular individual que se trata de estudiar.

El libro, que revela un profundo conocimiento de la materia y una amplísima documentación bibliográfica y técnica, lleva una introducción en que se justifica la existencia de los métodos experimentales en el campo psicológico, y se señala la fecundidad de sus aplicaciones.

Para los maestros que realmente deseen conocer la mentalidad de sus alumnos y los resultados de la labor escolar, perfectamente aquilatados y medidos, la *Técnica de Psicología experimental sin*

aparatos, del doctor González, es un auxiliar valiosísimo, único en nuestro país y quizá en el Extranjero, gracias a un sano eclecticismo en que no se sigue sistemáticamente la metodología de un autor determinado, sino que para cada caso se señalan los procedimientos más útilmente aplicables.

Para los médicos, el libro tiene aún más transcendencia, puesto que todos los métodos que en él se exponen, o, por lo menos la mayoría de ellos, pueden ser utilizados como verdaderos procedimientos clínicos a la cabecera del enfermo.

El libro del doctor González merece, pues, el excelente éxito que seguramente obtendrá.

Acaba de publicarse una interesantísima e instructiva obra, que, por su valor anedóctico, literario y de palpitante actualidad para cuantos deseen conocer el problema marroquí, podemos recomendar a nuestros lectores.

Titúlase el libro *Moros y españoles*, y está escrito por Guillermo Rittwagen, conocido publicista, versado como pocos en asuntos marroquíes.

Mucho se ha escrito acerca de Marruecos; pero en su género, como dice el prefacio de este libro, es el primero que se publica sobre esa vaga y amena literatura que se encierra en las leyendas, cuentos y anécdotas. En él se pueden ir aprendiendo insensiblemente cosas interesantes atañentes al país sobre una de cuyas porciones ejerce España el Protectorado.

La obra forma un bien presentado volumen y ostenta una artística cubierta en tricomía, de Romero Calvet.

Luis Antón del Olmet, el notable periodista, tan grato al público, surge ahora como novelista de gran brío.

Se acaba de poner a la venta el primer volumen de sus obras completas. Lleva por título *Cruz Verde*, 8, y es una novela inédita, admirable de amenidad y estilo.

Hemos recibido algunos álbumes de las Ediciones de Arte, que publica la Casa Boissonnas, de Ginebra.

Con el título de *L'image de la Grèce* ofrece la Casa Boissonnas, en dos tomos con numerosos y admirables grabados, los aspectos de la Atenas antigua y la moderna. Los volúmenes van avalorados con bien documentados estudios y notas de W. Heonna y G. Arvanitakis.

Otra obra muy notable de las *Éditions d'art*, de Boissonnas, es *Géneve, siège de la Société des nations*, que contiene en perfectos heliogravados bellas vistas de Ginebra. El texto es original de Guillaume Fatio.

Don J. Pérez Andréu nos envía una nueva obra de su pluma, con el título de: *Templemos las almas igual que los sables*.

Con este libro de disertaciones patrióticas, no sólo tiende el autor a educar moralmente a los soldados, para quienes fueron escritas en un principio las conferencias que contiene, sino que desea también llegar al gran público, el cual acaso encuentre en su lectura fuerza espiritual que robustezca sus ideales y su fe en el porvenir de España. En *Templemos las almas igual que los sables*, exornada con caricaturas en color, editada en castellano y en alemán dentro del mismo volumen y avalorada por un homenaje musical a la bandera española, compuesto por un extranjero e instrumentado por el maestro Benedito, ha querido el autor rendir culto, al par que a la literatura, al bello arte de la bibliografía moderna.

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

Quiosco de EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ

(Esquina a Barquillo)

Se admiten suscripciones y anuncios

AGUAS DEL INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagneres de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

BÓVEDA (LUGO)

Ayuntamiento de Madrid

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destroza- dos. No achaque a sus ca- llos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene ca- llos, juanetes, ojos de ga- llo o durezas es porque no usa el patentado



UNGUENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

FORMA

DIBUJO
ARTISTICO
INDUSTRIAL
COMERCIAL

DURA

GRABADO
TRICOLOR
LINEA
DIRECTO

ESTUDIO Y TALLERES EL IMPARCIAL DUQUE DE ALBA, 4, BAJO

ESPECIALIDAD EN AMPLIACIONES Y BODAS

J. SEGURA

FOTÓGRAFO

Teléfono M. 4.152. 4, Puerta del Sol, 4.

Manuel López

FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17 Ayala, 60

A. E. G. Ibérica de Electricidad. S. A.

Dirección-Madrid: Nicolás María Rivero, 8 y 10.

Sucursales: Madrid. — Barcelona.
Bilbao. — Gijón. — Sevilla. — Valencia.
Zaragoza.

Grandes existencias recibidas recientemente de Alemania en

ELECTRO-MOTORES

de corriente continua y alterna trifásica.

SUMINISTRO INMEDIATO

¡EUREKA!!

siempre será el mejor calzado

11-NICOLÁS MARÍA RIVERO-11

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ De venta en farmacias

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias -:- España.

Vista parcial de la Biblioteca del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones. Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero. Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:
D. Manuel del Valle Díaz